

Cartas a la revista

Mis queridos amigos:

Os envío un pequeño artículo con mis opiniones personales, seguramente en coincidencia con las de otros muchos arquitectos, sobre cierto tipo de crítica-comentario que está, por desgracia, proliferando demasiado en bastantes revistas profesionales. Dado que se trata de un tema polémico proclive a herir ciertas sensibilidades he procurado hacerlo en forma desenfadada para quitar hierro al asunto. Dada su corta extensión, y si os parece adecuado, espero que le podáis dar cabida en algún próximo número. Nada más, simplemente felicitarnos porque, a pesar de las dificultades, estais consiguiendo sacar adelante una revista digna. Un fuerte abrazo de vuestro compañero,

José Fariña Tojo, Dr. Arquitecto

La crítica de arquitectura y el arquitecto de a pie

Seguramente, el ejercicio de la crítica institucionalizada es una de las más antiguas actividades desde la consolidación del intelectual. La crítica del crítico tiene casi tanta procapia como la crítica misma.

Por regla general, y referida a la arquitectura, una labor de este tipo parece consistir en la elaboración de hermosas pseudofilosofías maravillosamente escritas, acompañadas de excelentes fotos (trucajes de la realidad con filtro naranja), con indescifrables pies y abundantes notas, citando al final del artículo a compañeros que a su vez los citan a ellos con paréntesis de algún Kant, o Spengler, o Eco, en párrafos generalistas que también servirían de proemio para un recetario de cocina.

Poco trabajo serio se adivina detrás de las líneas mecanografiadas por la secretaria, directamente del «cassette» grabado la noche anterior. Y es que debemos suponer que las palabras no surgen de la nada radiante de un Icaro nimbado de sol, o de la procelosa umbría de sombras mezcladas de gnomos y náyades. Las palabras deben surgir de un trabajo serio de investigación. Las opiniones personalistas, aunque proce-

dan de los numinosos geniecillos de turno, deben tener una base mínima para poder gozar de cierta credibilidad. Por supuesto que es preferible la personal opinión del «devate» al desnudo, que la misma opinión rodeada de eruditos hábitos mal cortados y asimilados. He aquí el primer pecado serio de estas divinidades secundarias que son los críticos de arquitectura. Cual Temis susurrándole a Zeus el verdadero camino, aconseja, dirige, aclara, fundamenta, relaciona, cita, sube, baja, olvida. Heraldo, consejero y copero (funciones témisas en el Olimpo), muy pocas veces tiene detrás de sí los trabajos de un Hércules y avisos, susurros y néctares son más falsos que Circe.

Pero esta clase de crítico al que nos estamos refiriendo tiene otra cualidad extraña y «sui generis» dentro del contexto en que nos movemos. Suele ser arquitecto. Es decir, juez y parte, gurú y alumno, árbol y hacha, Perseo y Andrómeda. Arquitecto, crítico, crítico de arquitectura. Amigo de los genios, genio de los amigos. Siempre se ha hablado de la necesidad de una crítica independiente. Pero la independencia no solamente se coarta unto va unto viene, sino que también intervienen otros factores igualmente oleaginosos. Desearía que la crítica arquitectónica no fuera ejercida por los Dioses de la Arquitectura. Reconozco la dificultad que representa para un foráneo, fundamentalmente debida a que los modos de diseño de los profesionales están demasiado separados de los modos populares. ¿Hasta que punto, en arquitectura, son más válidas las opiniones de los Hacedores que las de los sufridos aprehugantes de las genialidades de los especialistas? La cuestión incide en el núcleo central de los modos de hacer arquitectura. Mal que nos pese, independientemente de su componente artística (arquitectura «versus» arte), raramente se enfatiza la crítica en aspectos tan importantes como la componente social, la técnica, la económica o la popular. ¿Cuántas montañas de papel, cuántos kilómetros de cinta magnética, cuántas horas de mecanógrafa perdidas en absurdas disquisiciones de

«élite» que no llegan ni tan siquiera a las células grises de los simples arquitectos de a pie! Y para qué hablar del público en general.

Y después están los lugares comunes, los tópicos sobre la actual situación de la arquitectura. Las estériles apreciaciones sobre lo moderno, loneomoderno, lo ortodoxo, lo heterodoxo, lo pop, alejadas años-luz de las realidades vitales, reducidas a charlas de cenobio entre eremitas cerrados al mundanal ruido. Hombre, algo de eso siempre es necesario, porque de lo contrario, quedaríamos permanentemente anclados en los modos tradicionales.

También se necesitan escapes a las generalidades y lucubraciones. Pero por favor, no con exclusividad. Esa insistencia plomiza, reiterativa, monotemática, centrada, aseveración tras aseveración, en el despiste que padece la arquitectura de hoy, todavía inclasificable en su casillero correspondiente (no sabemos si por culpa del crítico, de la arquitectura o de los arquitectos) produce una penosa sensación de inutilidad. Como inútiles son las abundantes proclamas que entre sonos de claros clarines y agudas trompetas anuncian la agonía o defunción de la Arquitectura. Venturosamente no se muere porque, de lo contrario, se quedarían sin trabajo un montón de Críticos, Comentaristas y Arquitectos.

El aburrimiento. Son esencialmente aburridas el noventa por ciento de las críticas que se publican. No es igual un trabajo destinado a la generalidad, a los parias, a los arquitectos de a pie, que un trabajo de investigación cuajado de datos, de nomenclatura particular y especializada cuyo destino es muy otro. Los peatones de la arquitectura recorremos, generalmente hastiados, las páginas de las revistas, intentamos leer un par de líneas (sólo para confirmar que aquello es lo de siempre), miramos las fotografías sin intentar descifrar los pies obnubilados por esos arquitectos numinosos, miramos las citas por si algún autor tiene nuestro apellido, vemos que no (si nuestros patronímicos son un tanto raros), calamos el chapeo, reque- rimos la espada, miramos al soslayo, vámonos y no hubo nada.

ARQUITECTURA tiene intención de dedicar el último número de 1980 (227) al Concurso de Ideas para el Centro Cívico de La Vaguada.

Publicaremos documentación total o parcial de todos aquellos proyectos presentados y de los que recibamos la siguiente información (en formato reducido 18 x 24)

- 1 planta.
- 1 sección.
- 1 perspectiva.



Dado el poco tiempo de que disponemos a partir del fallo del concurso y para evitar retrasos en la confección de la revista, agradeceríamos a los participantes que estén interesados en que se reproduzca su proyecto, aunque sea incompleto, nos envíen dicha información a partir del día en que se conozcan los resultados y antes del día 10 de noviembre.

Una vez fallado el concurso, nos pondremos en contacto con aquellos cuyos proyectos vayamos a publicar con más detalle.